

AZAHARES

SPANISH LANGUAGE LITERARY MAGAZINE 2016-17



Playacar, Playa del Carmen, México-fotografía digital-Jesús Sedeño Gutiérrez

AZAHARES 2016-17

Azahares is the University of Arkansas – Fort Smith’s premier Spanish-language literary magazine. The primary purpose of this magazine is to provide students and community members with an arena for expression in the Spanish language, as well as a literary space for writing that presents the themes of the Latino experience. The *azahar*, or orange blossom, is a flower of special meaning. Representative of new life and purity, *azahares* form part of the iconic tradition of the Spanish-speaking world, embodying a freshness of spirit and perspective captured with this publication. Although *Azahares* predominantly highlights student work, submissions are open to all members of the community.

Editor-in-Chief
Dr. Mary Sobhani

Editorial Board
Dr. Rosario Nolasco-Schultheiss
Dr. Francesco Tarelli
Madeline Martínez

Designer
Stanley Soultaire

Special thanks to Chancellor Paul B. Beran, Provost & Vice Chancellor Georgia M. Hale, and Dr. Paul Hankins, Dean of the College of Communication, Language, Arts and Social Sciences, all of whom were indispensable to the successful completion and publication of *Azahares*.

The views and opinions expressed herein do not necessarily represent those of the UAFS or the *Azahares* Editorial Board.

ÍNDICE DE OBRAS

Playacar, Playa del Carmen, México, Jesús Sedeño Gutiérrez..... portada interior	Recuerdo de Chavela Vargas, por Adolfo Escat 24
El caza fortunas, por Ana María Romo Blas..... 3-4	Lo que nos mata, por Elidio La Torre Lagares..... 25
Fachada barroca de la Iglesia Tepalcingo, Morelos, Mexico, Jesús Sedeño Gutiérrez 5	Los árboles enfermos, por Elidio La Torre Lagares 26
Tumba del Cementerio de Xcaret, Jesús Sedeño Gutiérrez -fotografía digital 6	Poesía, por Lydia Razo..... 26
Recuerdo de Nat King Cole, por Adolfo Escat 7	La poesía en movimiento, por Atziry Piña 27
La muñeca, por A.D. Bisoño 8-15	Poesía en movimiento-fotografía digital-Atziry Piña .. 27
El regreso inesperado, por Ana María Romo Blas 16	Catedral Metropolitana de la Ciudad de México, Jesús Sedeño Gutiérrez 28
Camino a casa, por Marina Nasif..... 17	Lista de contribuidores..... 30
En la ducha, por Ana Hurtado 18	<i>Call for submissions</i> 32
¡Morte!, por Marden Ortiz 19	Bolsa Mexicana de Valores, Ciudad de México-fotografía digital-Jesús Sedeño Gutiérrez..... contratrapa interior
Ortiz y yo, por Marden Ortiz..... 20	
Entre las sombras de Granada a Federico García Lorca, por Luis Miguel Macías 21	
Narciso, por Luis Miguel Macías 22	
San Cristóbal de Las Casas, por Luis Miguel Macías.... 23	

EL CAZA FORTUNAS

- por Ana María Romo Blas

3

Se podría decir que el abuelo Juan era todo un macho mexicano: se embriagaba, golpeaba a su mujer y a sus hijos, se gastaba el poco dinero que tenía en apuestas y, haciendo honor a su nombre, era todo un “Don Juan”. Cuentan las malas lenguas que Don Juan no sólo le ponía los cuernos a la abuela, sino que le irritaba hasta el cansancio llegar a encontrársela en la calle y que lo viera con sus amoríos. Sin embargo, nada le irritaba más que la comida estuviera demasiado caliente cuando se sentaba a la mesa. Sus gruñidos se escuchaban como trueno por toda la casa cada vez que su mujer cometía semejante barbaridad. ¡Pobre abuela, cuántos sinsabores pasó durante su desgraciado matrimonio con aquel zarco de ojos azules! No sin razón, cada vez que el tema salía a colación, la tía Chabela le sermoneaba sin parar “Ya ves Santos, pero ya te andaba por casarte con tu güero de ojos claros”. La abuela, haciendo ella también honor a su nombre, era una santa quien le aguantó a su marido sus desvíos, su mal carácter y sus infidelidades casi hasta el final. Y digo “casi” porque llegó el día en que sus propios hijos, ya crecidos, le exigieron al Don Juan que dejara en paz a Santitos y, para estar más seguros, le prohibieron que volviera a poner un pie en aquella casa que ellos mismos le habían construido a su madre.

El abuelo, ya separado, le dio vuelo a la hilacha. Tan mala llegó a ser su reputación que la primera descripción formal que escuché de él es que era “un viejo rabo verde”. Un viejo rabo verde..., al tiempo que las palabras de la tía María resonaban en mis oídos infantiles, trataba yo de imaginar cómo sería un viejo con el rabo verde. A pesar de la amplia sonrisa en sus labios y la carcajada que suscitó en la tía Teresa, el tono en el timbre de la tía María apuntaba a una amargura alimentada por tantos años de ausencia. La noticia que revoloteaba en los oídos de toda la familia, y que suscitó el comentario de la tía ese día, es que el abuelo venía de visita, la primera en muchos años desde que había sido excomulgado por su propia familia. Mi curiosidad aumentó al enterarme de que aquel personaje casi mítico y de rabo verde se hospedaría en nuestra casa.

Mi primera sorpresa al conocerlo fue la seriedad con que el abuelo nos trataba a todos, más que un cariño de abuelo, había en sus maneras una gravedad que imponía respeto y que rayaba en la frialdad. De todas maneras, me encantaba que estuviera en nuestra casa, que nos hubiera escogido a nosotros y no a alguna de las familias de sus otros hijos. Pensaba con deleite en mis tantos primos, ¡qué envidia tendrían ellos! Entre las valuadas pertenencias del abuelo se encontraban trinquetes traídos de los Estados Unidos: cazuelas usadas, platos, cucharas y otras chácharas las cuales causaban gran regocijo cada vez que mis hermanos y yo las mirábamos. Pero eso era todo lo que se nos permitía, mirarlas, ya que estaba prohibidísimo tocar aquellos tesoros. Por lo demás, la visita del abuelo se resume en mi memoria en unas cuantas imágenes, algunas desagradables como sus interminables discusiones con mi padre y la facilidad con que se enfurecía por cualquier cosa. Otras, como la costumbre de tomar tequila casi a diario, me resultaban un tanto graciosas. Después de años de presenciar los gritos y los malos humores de mi padre cuando bebía, ¡que delicia descubrir que al abuelo la embriaguez lo convertía en poeta! Al final de aquellas tardes de tragos, adormilado por la pesadez del alcohol, recuerdo cuan pacientemente me sentaba a su lado para acompañarlo y para asegurarme que no le pasara nada malo. Ya casi vencida por el sueño y el cansancio le suplicaba, “abuelo, abuelo, ya vámonos a dormir”. El abuelo, muy calladamente y con una voz apenas comprensible me respondía: “Pérate, ¿qué no ves que estoy componiendo versos?”.

...CONTINUÁ

...CONTINÚA

Una mañana, antes de que el sol saliera, armado con un buscador de metales y en compañía del viejo y su hijo clarividente, mi abuelo salió al monte en busca de una gruta en la que el clarividente insistía se encontraba un tesoro. Habiendo regresado con las manos vacías, el clarividente y su padre recogieron sus cosas y se fueron para jamás volver. Por su parte el abuelo, desalentado por el fracaso, se fue también a probar suerte en otras partes. Jamás regresó a visitarnos. Tiempo después nos enteramos de que, quizás cansado de tantas desilusiones, su corazón se detuvo repentinamente. Así fue la historia de mi abuelo, aquel Don Juan que, en su afán por cazar fortunas, terminó su existencia habiendo cazado puros infortunios.

De entre las rarezas (no tan raras) del abuelo, había una que me causaba una fascinación formidable: su obsesión por encontrar tesoros. Hasta el tono de su voz cambiaba cada vez que nos contaba historias de los fulanos y zutanos que habían corrido con la suerte de encontrar algún tesoro enterrado. El tiempo pasaba fugazmente escuchándolo relatar cómo en nuestro propio pueblo habían sucedido cosas como la historia de los ladrones que, luego de robar un banco, se daban a la fuga en sus caballos y, al darse cuenta de que sus perseguidores estaban a punto de darles alcance, lanzaron las bolsas del botín en un pozo artesano. “¿Y cómo es que nadie nunca ha intentado sacar las bolsas?” “Ah, eso es porque el pozo es ya muy viejo y nadie se atreve a entrar en él por miedo a los derrumbes”.

En una ocasión, el abuelo trajo a casa a un viejo y a su hijo, el cual se decía ser clarividente. Recuerdo la fascinación que sentía cada vez que pasaba por la habitación sin puerta donde el clarividente, recostado en la cama, solía mirar al techo fijamente, balbuceando frases incomprensibles...



Fachada barroca de la Iglesia Tepalcingo, Morelos, México-fotografía digital-Jesús Sedeño Gutiérrez



Tumba del Cementerio de Xcaret-fotografía digital-Jesús Sedeño Gutiérrez

RECUERDO DE NAT KING COLE

- por Adolfo Escat

En un lugar del firmamento tiene
Nat King Cole un cachito reservado.
Por su español, en voz genial ahumado,
que los años no rinden, que sostiene

recuerdo de ser aterciopelado.
Porque su timbre con tiempo deviene
música celestial que ya mantiene
gloria de lengua con ritmo animado.

Celebro cómo cantas mariquita,
la media luz de amor, la porcelana,
el bodeguero, cha-cha-chá, cosita

linda... de tu arpa de canela emana
un cielo fantástico que visita
almas: eres infinito que hermana.

LA MUÑECA

- por A.D. Bisono

Unos días antes de la Semana Santa comprendí el significado de aquel apelativo “asesino en serie.” Mi abuelo, que acostumbraba tomar café y leer las noticias de aquella media isla en el balcón, me la enseñó.

—¡Mira esto! —me dijo mientras desplegaba la página del periódico. A mi abuelo, hombre de cabellos azabaches y piel caramelizada, le encantaba filosofar conmigo.

—Ése asesinó a ocho mujeres... Le sacaba los ojos a sus víctimas. —me contaba con aquella voz dulce y profunda.

Yo, aunque apenas tenía once años, era la compañía favorita de mi viejo. Él opinaba que los muchachos eran adultos en formación y, por lo tanto, esconder la realidad creaba adultos débiles. Así que me contaba las noticias todas las tardes.

—Lo más sorprendente es que a la gente le impresione que un ser humano haga algo así. —seguía relatando el viejo mientras ojeaba las páginas— Oye cómo lo describen: un monstruo. Como si se tratara de un personaje de un cuento infantil... Es difícil aceptar que los monstruos sean nuestro reflejo. —concluyó mi abuelo al encontrar la sección de deportes.

Aquella tarde entendí que yo no era tan única ni tan extraña como pensaba. Había otra gente en este mundo con una necesidad extraña de desahogar sus frustraciones desmembrando algo o a alguien. ¡Ah! Pero aún no te lo he relatado... Te digo, por meses decapité a unos seres inofensivos. Nadie lo supo... Bueno... Sí hubo otra persona que supo de aquel proceso cruel al que sometí a innumerables cuerpos de víctimas silenciosas, mi hermano. Pero a él no parecía importarle. Él se conformaba con esconder los cuerpos. Nada más. Quizás era su naturaleza o simplemente aquello era parte de su cotidianidad. No lo sé.

Te cuento... Sucedió unas semanas antes de la Cuaresma, cuando mi madre, recostada en la cama (la mujer no se sentía bien) vio llegar a mi padre. Estaba borracho y buscando a quien golpear, así que inició una discusión. Después de unos minutos de reclamos y ofensas, el hombre tomó a la mujer de los pies y haló de ella con tanta fuerza, que la tiró al piso. Su cabeza golpeó la cerámica. ¡Pum! un sonido hueco acompañado de los gritos de la mujer impregnó la tarde.

Recostada contra el marco presencié lo sucedido desde la puerta de la habitación. Aquel sonido despertó una curiosidad morbosa en mí, una necesidad incontrolable de repetir aquel ¡pop! invadió mis pensamientos infantiles. Pero a mis once años y con mi estatura, aquella fantasía macabra no era posible... No con muñecas de carne y hueso. Aunque sabía que no era el mismo material suave, con huesos, músculos, sangre y un corazón que palpitaba al ritmo de la adrenalina, era lo más cercano a la naturaleza humana. Así que una tarde, tomé en mis manos una de mis muñecas, caminé al corredor que dividía nuestra casa de la de la vecina, me senté en el piso de cemento y me encorvé entre las dos paredes. Sujetando la muñeca con la mano izquierda, apreté su cuerpo como si pudiera sacarle el aire de su delicado caparazón plástico. Con la derecha, sostuve la cabeza de aquel cuerpecito inofensivo. Jalé tan fuerte que cuando finalmente su cabeza abandonó lo que alguna vez fue parte de una singularidad, escuché un ¡pop!

Por un instante, un silencio misterioso se apoderó de la tarde y del latir desesperante de mis manos. Fue entonces cuando mi hermano apareció junto a mí y aunque la sombra que producía su cuerpo me advertía de su presencia, no lo noté hasta que me preguntó.

—¿Qué haces?

Mi cuerpo, todavía eufórico, no se movió. Apenas pude encoger los hombros, mientras sujetaba el cuerpo y la cabeza desmembrada. Mi hermano, persona de muchas ideas y pocas palabras, tomó el cuerpo de la muñeca y lo arrojó al techo, dejando la cabeza de cabellos amarillentos y ojos azules en mi puño. Tan pronto como escuchó el cuerpo de la muñeca golpear el techo, me miró y dijo.

—Mami te llama para que la ayudes con la cena.
—y se marchó con la misma tranquilidad con la que apareció.

Mi hermano, un muchacho de ojos marrones y cabellos rizados, era dos años mayor que yo. También, era el muñeco de trapo de mi padre, pues cuando el alcohol se le mezclaba con la estupidez, el hombre golpeaba al muchacho por el simple hecho de estar en su presencia. A veces lo obligaba a detallar el paradero de mi madre. Mujer que raramente salía, apenas visitaba a su padre a unas cuatro casas calle abajo. Pero eso era suficiente para levantar sospechas en la mente despojada de mi padre.

Así que de vez en cuando mi hermano le listaba los andares de nuestra madre.

—Limpió el patio. Recogió las hojas. Bajó la ropa del cordel. Tomó una ducha y sazónó la carne para la cena. Pero cuando mi padre no estaba satisfecho con la recolección de los acontecimientos, cuestionaba al muchacho. Con el rostro lo suficientemente cerca para respirar el mismo aliento, mi padre le gritaba.

—¿Me estás mintiendo? —a lo cual el muchacho ya estaba acostumbrado a responder con un leve vaivén de la cabeza, gesto que luego era acompañado, generalmente, de unas cuantas gotas de lágrimas. Y aunque mi hermano jamás explicó el derramamiento de lágrimas, siempre tuve la sospecha de que no se trataba de temor.

En cuanto a mi madre, mujer dulce y tolerante, que en alguna otra vida inspiró la palabra sumisión, soportó casi todo en silencio. Mi madre, como mi abuela, se parecía a aquella Venus de Milo, mujer de ojos verdes, cabellos rubios y piel de porcelana. Mientras mi padre representaba una juguetería en la cual lo dulce y lo grotesco se mezclaban. Ellos eran los protagonistas de la versión sádica de un Romeo y Julieta prematuros. Mis padres se fugaron cuando mi madre apenas tenía diecisiete años y él veinte. Esa noche, aquella muchacha dulce rompió el corazón de su padre, mi abuelo. Un hombre que mimó a su única niña como a una muñeca de cristal. Pero aquella historia ya estaba archivada en algún estante de la Biblioteca de Babel. A diferencia de la mía, en cuyas páginas apenas se empezaba a descifrar la búsqueda de verdades fantasmales y mentiras tangibles. Así que mis asesinatos prosiguieron con la Morena, la segunda sobrina de mi abuela.

El día en que la Morena llegó cargada en los hombros de cinco hombres, contorsionándose y murmurando palabras quiméricas, entendí que las creencias populares (principalmente las paganas) no sirven de chivo expiatorio a adolescentes de hormonas calientes y cerebros fríos. Ese día, la Morena armó un escándalo en el barrio. Había multitudes en las ventanas y puertas admirando a la muchacha de piel canela, cabellos rizados y cuerpo de diosa africana, mientras gritaba y gemía frases confusas.



—¡Está poseída! —exclamó un vecino a través de la ventana.

Mi abuelo, aunque la naturaleza lo había bendecido con la paciencia de Santa Ana, aquella tarde se convirtió en parte de la legión luciferina. El viejo que a pesar de cargar sobre sus hombros más de sesenta y cinco años de vergüenzas y pudores, rompió una rama de un árbol de guayaba, la limpió de cualquier verdor y con toda la frustración acumulada durante los años, tatuó la imagen de aquella vara en los muslos de la Morena. Aquel día hubo un silencio que sólo había escuchado en Semana Santa. Ese momento se convirtió en la procesión de una virgen sacrificada por su propia torpeza. El espectáculo terminó con la Morena arrodillada en el piso de la cocina mientras mi abuelo la miraba con descontento.

—Se me van de aquí, —el hombre de cabellos azabaches le gritó a la multitud que llenaba los rincones de su casa.

La gente, unánime y silenciosamente, abandonó la residencia.

A solas con la Morena, que todavía sangraba lágrimas malogradas, se desahogó.

—¿Sabes por qué te pegué? ¡Por bruta! —le dijo el viejo a la muchacha mientras la miraba, todavía sujetando la vara de guayaba en su mano,— ¿Acaso piensas que nunca vi a una noviecita a escondidas? —el hombre continuó su monólogo,— La diferencia es que yo no hacía ningún espectáculo. —concluyó el viejo respirando hondo y pidiéndole a la Morena que se fuera a duchar y cambiar la ropa. Ya casi era la hora de cenar.

Aquella escena despertó en mí una curiosidad repetida: quería saber qué había en la cabeza de aquella muchacha. ¿Qué la había llevado a sufrir aquella ausencia de lógica común? Y sobre todo, ¿por qué creyó que hacerse la poseída por un espíritu torpe la iba a excluir de cuestionamientos sobre su tardío regreso de la escuela? Ahí fue cuando

recordé los artificios de la Rubia, la otra sobrina de mi abuela. Que según sus clientes era una bruja de verdad. Pues la muchacha convenció a todo el mundo de que tenía poderes ocultos para contactar espíritus que la “poseían” en público.

Unos meses antes que a la Morena se le ocurriera pretender estar poseída, la Rubia introdujo su primer acto ante la multitud en la casa. La muchacha cayó al suelo y comenzó a convulsionar. Sus ojos se tornaron blancos mientras la muchacha gritaba frases incoherentes. Esa tarde, la vecina, que era una conocedora de espiritismos y demás, se levantó de la mecedora desde donde compartía el balcón con mi abuela y rezó una oración que jamás había escuchado. Tan pronto como la mujer terminó, la muchacha volvió a ser ella misma. Después de aquella posesión fingida, la Rubia fue reconocida como bruja.

Pero no fue hasta unas semanas después que reconocí su mentira. Mi hermano y yo volvíamos de la escuela cuando vimos a la Rubia besarse con un muchacho mientras una amiga esperaba por ella. Aquella ocasión era inusual, pues se suponía que la muchacha debía estar en clase. Pero por suerte, ese mismo día un espíritu ocioso decidió poseerla en la casa de su amiga. La que corrió a casa de mi abuela para avisarle sobre la emergencia. La Doña, la vecina y mis tíos corrieron al auxilio de la desdichada y la trajeron a casa, sin recriminarla. Nunca cuestionaron la ausencia escolar de la muchacha. De hecho, jamás se enteraron. Estaban más preocupados por los frecuentes ataques espirituales como para enterarse de sus andares. Por eso nunca creí lo de las posesiones eclesiásticas ocultas en imágenes de papel y cristal.

Te explico... La Rubia tenía en su pequeña habitación un altar posicionado en una esquina, entre la pared cerca de la ventana y su cama. Los cuadritos reconocidos por sus fanáticos paganos y cristianos descansaban en una mesita de noche dañada. Los Santos y una imagen enorme de San Miguel a punto de decapitar al pobre Lucifer eran

perpetuamente iluminados por velas blancas, rojas, negras y una campanita dorada decorada por el óxido y la vejez. Frente a aquel altar de barrio, la Rubia conjuraba espíritus alcohólicos y adictos al tabaco, en frente de tres o cuatro crédulos.

Una tarde, después de la visita de uno de mis tíos, la Rubia preparó su acto de brujería para cuatro clientes, tres hombres y una mujer. La muchacha se ató una pañoleta roja en la cabeza, encendió las velas y sonó la campanilla alrededor de la habitación. Lo que mi hermano interpretó como el momento perfecto para uno de nuestros juegos.

—Te apuesto los cinco pesos que Tío te dio. —me propuso aquel muchacho con la seguridad de un ateo en las puertas del infierno.— A que la Rubia se bebe la mitad de la botella de ron sin parar. Para los que no saben, el ron que se producía en aquella media isla podía encender un vehículo en caso de emergencia. Nadie con la capacidad de utilizar una cuarta parte de su materia gris se atrevería a aquella hazaña. Un trago era capaz de quemar los intestinos del alcohólico más experimentado. La mitad de la botella de un trago, era visitar la sala de urgencias. Así que sin considerarlo, acepté la apuesta.

Nos aseguramos un lugar entre los cuatro individuos presenciando el acto. Mi hermano subió a un cubo plástico y miró por la ventana. Como no había espacio para sillas, yo me recosté contra el marco de la puerta. Observamos a la Rubia mezclar una soda roja, agua florida y ron en un tazón de metal. Luego tomó la campanilla y la sonó alrededor de la habitación de esquina a esquina. Con un puro en la boca exhalando humo entre los dientes, la Rubia recitaba una oración incomprensible. De repente, sin mayor aviso, la Rubia tomó la botella de ron y la besó con ansiedad.

—Glu, glu, glu, glu, se escuchó en la habitación silenciosa. Cuando la Rubia llegó a la mitad de la botella, la hizo a un lado y agarró el brebaje que había preparado antes y lo roció entre la gente con las puntas de los dedos.

Mis pupilas se dilataron. ¡Imposible!, gritó una vocecilla en mi cabeza.

—Ja, ja, ja, ja... —se escuchó a través de la ventana, seguido por un bum cuando el muchacho cayó. Aunque yo perdí la apuesta, carcajeé ante su torpeza, pero no la Rubia. En su trance fingido, la muchacha tomó el tazón, caminó el espacio alrededor de la cama, se detuvo frente a mí sujetando el tazón plateado, me miró a los ojos por un segundo y paf... La bruja alcohólica me arrojó el brebaje y con la misma tranquilidad con la que se acercó, volvió a su lugar frente al altar. El rojo que se deslizó por mis mejillas manchó la franela gris que llevaba, mientras mis ojos ardían por el alcohol. Me marché de su espectáculo oliendo a ron, soda, agua florida y murmurando adjetivos calificativos que prefiero no repetir.

Al ver lo sucedido, mi hermano corrió a mi lado. —¿Estás bien? —le pregunté cuando noté el raspón en su codo.

—Pero tú no, —dijo mientras pasaba la palma de su brusca mano sobre mi cara tratando de consolarme,— ven, te compro un helado. —me ofreció mientras sujetaba mis cinco pesos en una mano y ponía el otro brazo sobre mi hombro.

Recordando aquel día, entendí la acción de la Morena. Sólo que ella no había dominado todavía el arte de la mentira y la manipulación como la Rubia. Pero mi imaginación rogaba por respuestas que a mi edad no podía investigar, no como yo quería y mucho menos como lo hacía con esas muñecas.



En la penumbra del rincón de siempre, la Barbie morena sufrió el procedimiento habitual: le desprendí la cabeza sujetando su cuerpo con la mano izquierda y tirando con la derecha. El pop que produjo la cabeza al abandonar el cuerpo, me desconectó de la tierra. Cuando el éxtasis culminó, la tenue luz que se escapaba de la habitación de mi madre, iluminó el interior de la cabeza de la muñeca. No sé qué esperaba encontrar dentro de aquel casco plástico, pero me decepcionó descubrir filas de cabellos cocidos al caparazón. Mi hermano, que como siempre no me perdía de vista, me encontró sentada en el piso frío, sujetando el cuerpo descuartizado de la infeliz. Y otra vez, extendió su mano, tomó el cuerpecillo y lo arrojó al techo, mientras devoraba un mango.

La Barbie morena fue la segunda muñeca que encontró su final en aquel rincón, pero no la última. Al día siguiente decapité una rubia. Esa tenía una pañoleta roja atada sobre su cabecita y un vestido negro (yo diseñé su atuendo para la ocasión). Cuando me senté en el rincón de siempre, nubes grises adornaron la tarde casi tornándola en noche. Junto a la puerta negra y bajo la ventana de la habitación de mi madre, acomodé en el piso la botella de soda roja de la que estaba bebiendo y cerrando los ojos apreté el cuerpo y la cabeza de la muñeca en la manera usual y tiré hasta escuchar aquel ¡pop!

Apreté los ojos y sonreí al sentir la separación del cuerpo y la cabeza en mis manos. Unas gotas de lluvia tocaron mi rostro mientras disfrutaba de la emoción que producía la decapitación de aquellos seres indefensos. Unos minutos después, abrí los ojos y encontré la pañoleta roja pegada a la cabecita de la muñeca y a mi hermano sentado a unos centímetros de mí, esperando por el cuerpecito de la decapitada. Me incliné y estiré el brazo con el cuerpecito en la mano y se lo arrojé. El muchacho lo atrapó, lo miró por un segundo y luego lo lanzó al techo. Se escuchó un ligero crac, que siempre lo hacía sonreír.

No miré dentro del cráneo de la difunta. No por temor a ser poseída por un espíritu de plástico y sarán, sino porque vertí soda roja en él y lo utilicé como vaso tan pronto me deshice del cuerpo. Apreté las orillas del cráneo con mis labios y bebí,

gota a gota, hasta que la lluvia interrumpió nuestro rito. Al entrar a la casa, la cabeza de la Barbie bruja terminó donde terminaron todas la demás, en el fondo del canasto de ropa sucia. Junto a sus amigas, las cabezas se reunían todas las noches en una esquina del canasto, rodando hasta posicionarse en un lugar libre de ropas, donde sus ojos estuvieran libres para brillar en la oscuridad. Mientras tanto sus boquitas pintadas de rosa gritaban—MalditaMalditaMalditaMaldita. Las cabezas de las Barbies perturbaron mi sueño hasta la llegada de la Semana Santa. Pero como cada año y como todo el mundo solía hacer, incluso la asesina en mí, hicimos una tregua.

Yo dejé las muñecas descansar y las cabezas de las muñecas cerraron sus ojitos e hicieron silencio por toda la semana. La Rubia colocó una pañoleta negra sobre su altar. La Morena dejó de vera aquel novio por el que se había convertido en bruja de medio tiempo. Mi hermano se dedicó a correr su bicicleta por el vecindario en lugar de perseguirme.

Durante aquella semana la gente apagaba sus radios y bajaba el volumen de sus voces. Los Jueves Santos, las mujeres preparaban habichuelas con dulce, limpiaban las casas, cocinaban el almuerzo y la cena del día siguiente. En resumen, hacían todo lo que no podían hacer el Viernes, pues era día de guardar silencio y mostrar congoja por el sacrificio humano de un individuo que murió hace más de dos mil años. Así que como los Viernes Santos no había mucho que hacer, al amanecer, íbamos a la playa con la abuela. Era una de las pocas veces que teníamos la oportunidad de escapar de aquella casa.

Todos los Viernes Santos, la mujer tenía la costumbre de hacer una promesa de silencio. No hablaría ni media palabra hasta que se bañara en el mar y regresara a la casa. Aunque nunca entendí el objetivo de aquella ceremonia, jamás me interesó incurrir en aquellas tradiciones ficticias. Caminamos hacia la playa, pasando el puente sobre los rieles del tren de carga de la refinera de azúcar. Las calles estaban vacías y las puertas de las casas camino a la playa aún estaban cerradas. Sólo se escuchaban los pasos de nuestras sandalias al caminar. Cuando llegamos a la playa, la abuela acomodó su bolso, su toalla y sus sandalias junto a una palmera. Mi hermano y yo buscábamos piedras. Él había llevado su barquito consigo. El muchacho quería saber que tan resistente era su barco. La verdad, quería saber otra cosa: si mi abuela perdía la paciencia y hablaba antes de llegar a la casa. Tan pronto la señora mojó sus pies en el agua, nosotros entramos al mar con el barco y las piedras. Mi abuela que estaba ocupada tirándose de espaldas contra las olas, ignorando por unos minutos lo que estaba ocurriendo casi que junto a ella. El barco plástico con su banderita azul, su plataforma blanca y sus rayas rojas, no soportó el peso de las piedras depositadas en su cubierta. El pobre se hundió mientras la mujer que trataba de lavar sus pecados en las aguas saladas del mar Caribe, gritó. —¿Qué hicieron?

Mi hermano y yo guardábamos silencio, la Doña no dijo nada sobre lo sucedido, aunque su rostro mostraba el estrés del día más santo del año. A pesar del disgusto, aquella tarde ella nos ofreció sus famosas habichuelas con dulce. Después de degustar aquel manjar de una vez al año, caminamos las cuatro casas calle arriba. Allí estaba mi madre sentada a la orilla de su cama, con las manos sobre la cara y la cara humedecida por las lágrimas. Mi padre había tomado hasta el último centavo y se había desaparecido durante todo el día. No era sorpresa para nadie. Esa era su promesa de Viernes Santo.

Esa noche, sollozando, mi madre le contó a mi abuelo que mi padre la dejó sin un peso para alimentar a sus hijos, que él, mi padre, le había pegado en interminables ocasiones. Que ella calló todo por vergüenza y por temor a la soledad. Y que aquel Viernes Santo, era uno más de aquéllos en los que él la había humillado. Esa noche mi madre entendió el dolor de mi abuelo en su silencio. Esa noche mi madre entendió que cuando se marchó con su novio aquel Viernes Santo, infligió más humillación en la memoria del pobre viejo.



Esa noche la última Barbie rubia fue sacrificada de la misma manera, en el mismo rincón, bajo el mismo cielo negro su cuerpo fue despojado sobre el mismo techo, antes de marcharnos de casa. Después de aquel día mi hermano y yo no volvimos a hablar de las muñecas. Por un tiempo pensamos que nadie se había enterado, hasta que una tarde sentada bajo la mata de mango en la casa de mi abuelo, el viejo se acercó. Sentándose en la mecedora que siempre estaba allí, mi abuelo me dijo.

—Sabes, todos asesinamos cosas consecutivamente. Algunos matamos emociones, otros nuestros errores y algunos tratamos de asesinar el pasado mismo, una y otra vez. La verdad es que todos somos asesinos en serie.

EL REGRESO INESPERADO

- por Ana María Romo Blas

Cuenta la tía Licha cómo todas las mañanas su padre salía al campo a cuidar a sus animales. Después de un desayuno de café con leche y pan dulce, Don Lencho solía arriar las vacas hasta un potrero cercano. Una tarde, al volver de su jornada, Don Lencho se sintió mal y quiso descansar. Muy pronto sus síntomas se agravaron y su corazón dejó de latir. Mientras el cuerpo ya frío de Don Lencho yacía en el suelo, sus familiares veían con horror cómo los piojos abandonaban su cabeza. Agobiadas por el llanto y la tristeza, las mujeres intentaban prepararlo todo para el velorio. En aquel aire impregnado por el olor a café con canela, la noticia se corrió como pólvora. Uno a uno llegaban los vecinos dolientes a darles el pésame a los familiares. Entre cuchicheos se rumoraba cómo Don Lencho, gustoso de probar de los frutos del campo, se había comido unos hongos silvestres que, al parecer, estaban envenenados. En medio de la escena lastimera, surgieron gritos espantadores y se armó un alboroto tremendo. Confundido por el tumulto y un tanto aletargado, el difunto se había levantado de su lecho mortuario y exigía que alguien le explicara el motivo de aquella algarabía. Fue así como Don Lencho, con su inesperado regreso, llegó a ser conocido como el muerto que vivió para contarle.

CAMINO A CASA

por Marina Nasif

Se presentó ante mí de repente,
En un día cualquiera,
La ocasión perfecta,
Magnánima,
Feroz,
Violenta,
Cambió todo a mí alrededor,
Mi paso lento se aceleró,
Arrebató mi atención,
Me obligó a mirarla a través de la ventana,
La luz de la calle la iluminaba,
Atrevida,
Jugaba con el aire,
La estrella de la noche,
Me asusté por su voracidad,
Se adueñó de mi mundo en un instante,
Presa en mi propia casa,
Cubrió los autos,
El pasto se hizo blanco,
Y continúa nevando.

EN LA DUCHA

por Ana Hurtado

Con mis manos, recojo el agua que cae
en la ducha. Las gotas caen y se fusionan, crean un océano
que no puedo contener, como la vez que le ofrecí un mar de azúcar morena
al caballo con la mancha de Sud América en su frente.

Mi océano encuentra las grietas en mis manos; ríos comienzan a correr por mis antebrazos,
y siento su hormigueo, como cuando el caballo lame mi piel – con su lengua, recoge
los restos de azúcar de mis brazos. La glucosa en mi cuerpo pronto se vuelve diamantes con el sol.

En la ducha, abro mis manos y dejo que el agua caiga en mis pies.
La tina tiembla con latidos. Monté el caballo durante el verano,
cerca de los Andes. El caballo español corrió
a través de un bosque de eucalipto.
Juntos, montamos cerca del Océano Pacífico.

El caballo no reconoció el color de mi piel
porque se parece a la suya: los dos somos azúcar morena.
No reconoció lo blanco en mis ojos, porque nos parecemos.
Yo también llevo una marca Sud Americana en mi piel y mi marca
brilla bajo el sol ecuatorial, al lado de montañas ecuatorianas,
y árboles australianos.

¡MORTE!

- por Marden Ortiz

¡Morte! ¿Fuisteis vosotros los que preparasteis el camino al umbral?
Samael, Sariel, Azrael...

¿Por qué me tocáis la puerta?
¿Acaso no veis el morador a mi diestra?
Su rostro centenario cubierto de sudor
deseoso de obtener exención espiritual y
descansaréis en el camposanto de la *morte*.
¿Por qué no lo visitáis a él?

¡Morte! ¿Fuisteis vosotros los que preparasteis el camino al umbral?
Samael, Sariel, Azrael...

¿Por qué me tocáis la puerta?
¿Acaso no veis el morador a mi siniestra?
Su rostro aquejado padeciendo de atención
casi cadáver, burlón y gris con una calma fría
deseoso va a descansar en el camposanto de la *morte*.
¿Por qué no lo visitáis a él?

¡Morte! ¿Fuisteis vosotros los que preparasteis el camino al umbral?
Samael, Sariel, Azrael...

¿Por qué me tocáis la puerta?
¿Acaso no necesitáis compañía de su diestra o siniestra?
Mi piel tersa de porcelana, mejillas sonrojadas, mis rizos de oro
Cantando, danzando, ando a la cadencia constante de la *morte*
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, sálvame
no deseo descansar en el camposanto de la *morte*.
¿Por qué me visitáis a mí?

¡Morte! Sois codicioso, queréis vuestra compañía.
¡Morte! Con vuestro Dios estoy - deambularéis a la diestra.
¡Morte! Sois una pérdida para nosotros los que viven.
¡Morte! Con vuestro Dios estoy - deambularéis a la siniestra.



ORTIZ Y YO

- por Marden Ortiz

Ortiz y yo llevamos un constante conflicto inevitable. Así como los gemelos del signo zodiaco géminis. Los Dioscuros Cástor y Pólux llevaban una batalla persistente entre ellos y aún así se amaban. A veces se me antoja ir a la tienda y comprar leche con chocolate, pero a Ortiz se le ocurre recordarme que es mejor comernos las calorías, no tomárnoslas. ¡Qué horror! Qué cosas se le ocurren a Ortiz en mis momentos de debilidad chocolatera. Procedo a comprar la leche con chocolate. Definitivamente la marca *Farmland*, de las vacas de chocolate de Nueva Jersey. No existen vacas de chocolate en ningún otro lugar del mundo.

Compro mi leche achocolatada y agua inteligente – Smart Water. Me la tomo lentamente, mientras Ortiz me apura y me recuerda la dieta del cardiólogo. Al terminar de tomármela, abro la botella de agua inteligente y me la tomo rapidísimo. Ortiz me asegura que las calorías de la leche achocolatada se diluirán y consumiré cero calorías. Para ella es como decir un “plus” y un “minus.” Me pongo a pensar en las acciones de Ortiz y se me pega un tremendo dolor de estómago. Al subírseme la adrenalina y la presión arterial, comienzo a discutir con Ortiz.

Y lo más que me da miedo, es oír una tercera voz entre nosotras la cual nos manda callar. Estoy casi segura de que ésa es la vocecita de sabiduría, la trilliza que no reconocemos. Me da pánico al pensarlo. Me hago la loca y le sigo la corriente a Ortiz, porque Ortiz siempre se sale con la suya. Y les cuento que cuando hablamos de colores, ésos son otros cinco pesos. El color predilecto de ella es el negro y el mío, por supuesto, es el blanco.

¿Lo adivinaron? Y como el yin y el yan, el continuo movimiento y cambio.

Hasta el “con-flake” (como dicen en Puerto Rico), Ortiz se lo come sin leche para no tomarse las calorías y como ya se imaginan... Sí, sí, yo me los como con leche, qué me importan las calorías. Ortiz y yo somos dinámicas. Ortiz ama con pasión y tiene la compasión de Jesucristo y la dedicación de la Madre Teresa . Y a mí me entran unas rabietas que ni les cuento los horrores que siento por dentro. Hasta me salen chispas por las orejas si las cosas no son como yo digo. Pero entre ambas, siempre existe una unión y una dualidad eterna y un entendimiento espiritual. Como con la eterna resonancia y rugir del mar, que a mí me lleva a un nivel de calma y a Ortiz la lleva a un nivel de nostalgia inefable. Dos fenómenos inseparables existen entre Ortiz y yo, así también como la coexistencia de los Dioscuros.

ENTRE LAS SOMBRAS DE GRANADA A FEDERICO GARCÍA LORCA

- por Luis Miguel Macías

Por la carrera del Darro
busqué el viento que lleva tu nombre.

Yo loco por tu remolino de nardos,
por tu jazmín desangrado,
por la voz secreta de tu amor oscuro,
llegué tarde.

Canciones nocturnas,
musitando el sueño de los pájaros en las ramas,
bailan desde el agua
hasta tu eco perdido en mi pecho
y dictan poemas viejos
a mis cansados ojos.
Ojos que arrastran la mirada
por la calle del aire
en su búsqueda de ti,
ruiseñor...

Relucientes ángeles
acurrucados en el firmamento
deslizan su luz de plata
sobre el tropiezo de tus dos ríos,
vacilantes entre murmulos.
Deslizas tu luz de plata
sobre los olivares,
por encima de la mora desnuda
y cortada entre pinos.

Aquí estoy...
entre espejos
esperando al herido por el agua.

NARCISO

- por Luis Miguel Macías

Tenía ojos de cielo
y risos de bronce y sol.
En sus piernas y en sus muslos
el cantar de las estrellas.

¡Aquí viene!, canta el agua.
¡Aquí viene el niño de oro!
¡Cómo besa cuando mira
con el cielo en sus pupilas!

Sonrisa de serafines
tiene, y en sus yemas suaves
el dulce mediterráneo.
Su espalda y su pecho es
vasta llanura y collado.

¡Aquí viene!, canta el agua.
¡Aquí viene el niño de oro!
¡Cómo besa cuando mira
con el cielo en sus pupilas!

Quiero yo robarle el tiempo
y la luz de su mirada.

Quiero yo robarle el tiempo
y la luz de su mirada.

Esbelto y ligero llega
el muchacho hasta el estanque
y el agua con voz de seda
le dice “ven, niño, ven.”

Su vista está entre los pliegues
plateados que son espadas
espadas de filo, filo.
El reflejo es una espada.

Con la espada, enterrada
en la luna de sus ojos
sobre el reflejo se mira.
se mira...

Ya no existe mundo, niño,
que no viva en tus pupilas.
ni en tu abdomen, ni en tu pecho
ni en tus brazos, ni en tus hom-
bros.

Y el niño de ser un ángel,
cayó hasta lo más oscuro.
Por dentro quedó en cenizas
y por afuera, marfil puro.

Y el niño de ser un ángel
hoy tan sólo es un reflejo.

Hoy tan sólo es un reflejo.

SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS

- por Luis Miguel Macías

Entre la niebla y los pinos,
lunas, soles y fantasmas
surge entre la serranía
San Cristóbal de las Casas.

¡Oh, cómo tejen los sapos
en las cuevas de la sierra!
¡Cómo tejen en el monte
las mantas de oscura niebla!

Entre la niebla y los pinos
indias de caras cansadas
vagan por las viejas calles
vendiendo sus soles de ámbar.

¡Cómo cantan los quetzales,
perchados sobre las ramas,
de tus añejas historias
San Cristóbal de las Casas!

Entre lluvia y el frío
y los muros coloridos,
en la oscuridad me miran
los ojitos del olvido.

¡Oh, cómo callan los altos
cuando se duermen los pueblos!
Solamente el viento canta
el recuerdo de otros tiempos.

Entre la niebla y los pinos,
lunas soles y fantasmas,
duerme entre la serranía
San Cristóbal de las Casas.

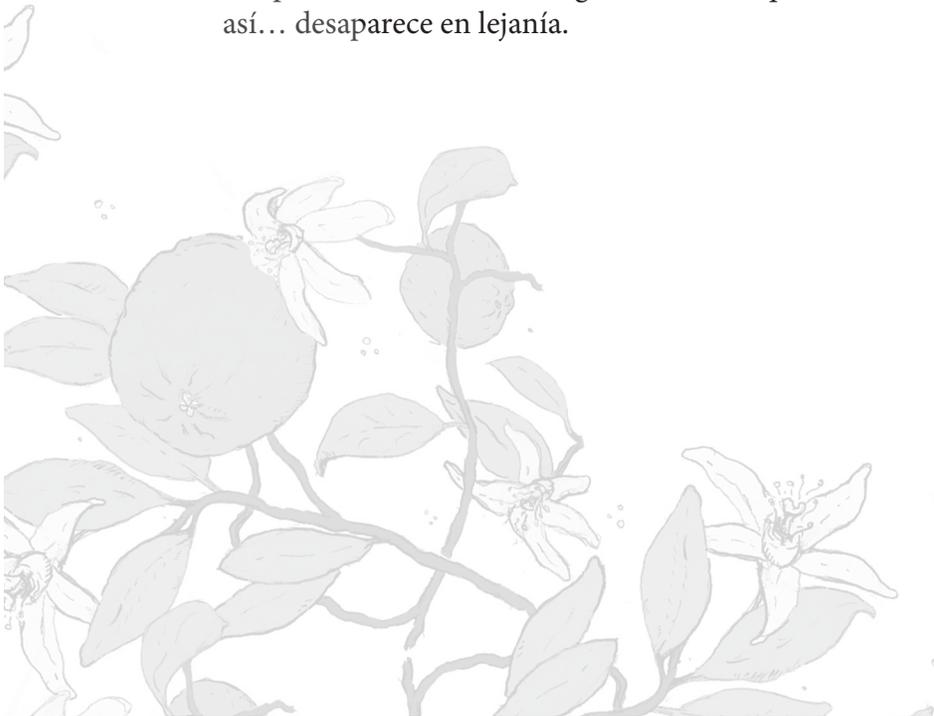
RECUERDO DE CHAVELA VARGAS

- por Adolfo Escat

Eres fuego, volcán entre las nubes, fragua de sueños que ardor ha forjado, eres hechizo, un amor cantado...
y dentro del humo, arriba subes.

Volver a tu voz, vivir a tu lado, donde maravillosas son las uves, es apasionante. Porque tú ves, en la vida, un retorno dorado. Los ácaros son esos pequeños miedos que me atan a la bombilla del techo cuando intento esconderme pero que se desalientan cada vez que ella está en mi habitación.

El barro nace de tus labios de oro. La soledad, en ti, es compañía. Y si dices corazón, yo lo adoro. Las palmas adornan con alegría la tristeza que rezuma tu poro y así... desaparece en lejanía.



LO QUE NOS MATA

- por Elidio La Torre Lagares

el tiempo ha sucedido
como el musgo al pie
callado de la entrada,
un bien de silencio
una nueva soledad

el sol fagocita el aire
cuando llena tu mano

la verdad adicta a la duda
trae consigo un contorno
delgado: la ilusión de la luz
que se asume como causa
cuando solo es un efecto
decoroso de la materia

me atropella el «te extraño»
que transita por el corazón,
ese cenicero donde apago
los besos fumados sin filtro

vestida de distancia,
no puedes callar con el dedo
el principio de lo breve:
un «fue» siempre
cancela al «pudo haber sido»

mi boca queda llena de sortilegios
y mi cama, poblada de olvidos

lo intangible es lo que queda
y nos mata

LOS ÁRBOLES ENFERMOS

por Elidio La Torre Lagares

aquí había dos árboles enfermos
atenuados a la sequía y al sol
moribundo de luz entre la arena
blanca cepillando el marfil del cielo
testigo de la desnudez habitual
en la primavera, cuando despojaban
las hojas sin pudor ni enmienda,
otoño precoz que arropa la calle
desierta de palabras que remedien
la muerte carnífera de nuestra historia
amordazada por la tristeza súbita
que invade el fantasma de lo que fuimos

POESÍA

Por Lydia Razo

Me cubro con la manta de la comodidad,
Con el esfuerzo de la vida,
Con las palabras de la amabilidad
Y me duermo con la satisfacción de la vida.

LA POESÍA EN MOVIMIENTO

- por Atziry Piña

Un compañero de baile,
que causa gran admiración.

Ya que al bailar,
nos expresa su libertad,
su amor y su pasión.

Que con cada paso
crea su propia composición.

Poema creado,
al trotar libremente,
los paisajes que recorre.

Con movimientos contruidos
de gracia y esplendor.

Espíritu libre,
alma indomable,
poseedor de gran belleza y nobleza.

Es por eso que sigo y seguiré,
Siempre enamorada de él.

De esa poesía en movimiento
Que es un caballo,
En este caso de un Poeta.



Poesía en movimiento-fotografía digital-Atziry Piña



Catedral Metropolitana de la Ciudad de México-fotografía digital-Jesús Sedeño Gutiérrez

The World Languages Department at the University of Arkansas – Fort Smith offers a Bachelor of Science in Spanish with teacher licensure as well as a Bachelor of Arts in Spanish. The literary magazine *Azahares* forms part of the array of professional opportunities which the World Languages Department provides.

The Bachelor of Science in Spanish with teacher licensure at UAFS is designed for future teachers who desire to make an important impact in the education of others through their ability to engage and motivate students. This degree prepares students to teach Spanish at grade levels 7 through 12. Courses prepare students in topics such as Spanish language and Latino culture, linguistic characteristics of the Spanish languages, and language pedagogy. The Bachelor of Arts in Spanish prepares students to meet the qualifications for career opportunities in medical, business and government service and also prepares them for entrance into graduate school or for continuing on with graduate work in Spanish. *All graduates for both of these degrees are required to spend a semester studying abroad.* UAFS provides study opportunities through Spanish and Latin American universities and language institutes.

The World Languages Department also offers the Teaching English as a Second Language (TESL) - Certificate of Proficiency as an endorsement for Teaching English as a Second Language, grades P-12. This program of study exceeds the minimum credit hour requirements for the Arkansas Department of Education and addresses all the competencies identified for the licensure area. TESL Certification allows teacher licensure candidates to add an Arkansas state ESL (English as a Second Language) endorsement to their teaching license. Current UAFS students can add these courses to enhance their future employability. Teachers already working in the field can add this endorsement as well. TESL Certification is also designed for international students who are preparing to teach English as a Second Language.

For more information on the World Languages Department at UAFS, please visit us at www.uafs.edu.

LISTA DE CONTRIBUIDORES

A.D. Bisono es una escritora de ficción que reside en Brooklyn, New York.

Rocío Bravo nació en Michoacán, México y se crio en McFarland, California. Se graduó de la Universidad de Brown y es consejera escolar ayudando a estudiantes alcanzar sus metas y graduarse de la universidad. En su tiempo libre le gusta correr, bailar y leer. Ha viajado por más de 20 países y su sueño es seguir conociendo el mundo.

Adolfo Escat escribe en español europeo. Se licenció en Derecho (como pudo). Disfruta leyendo a Mascha Kaléko, Sor Juana Inés de la Cruz y Nicanor Parra. Escucha a los clásicos de la canción para motivarse: Atahualpa Yupanqui, Violeta Parra, Facundo Cabral, Mercedes Sosa, Víctor Jara, las castañuelas de Lucero Tena, el baile de Carmen Amaya, el canto de Camarón y la zarzuela.

Ana Hurtado nació en Maracaibo, Venezuela, y creció en Quito, Ecuador. Ana es bilingüe y escribe poesía y ficción en inglés y español. Ana es una candidata para el MFA en *Iowa State University in Creative Writing & Environment*.

Elidio La Torre Lagares is a poet and novelist. His work has been published in various anthologies in Puerto Rico, México, and Spain. He is currently a student at the MFA Program in Creative Writing at University of Texas- El Paso. He teaches literature and writing at the University of Puerto Rico.

Luis Miguel Macías is a poet from the Cd. Juárez – El Paso border. He graduated from St. Mary's University in San Antonio in 2011. In 2012 he completed his first master's degree in teaching Spanish at the University of Alcalá in Spain and is currently working on his second master's degree in Spanish Literature at the University of Oklahoma.

Marina Nasif es una profesora de inglés de Argentina. Actualmente está desempeñándose como asistente de idioma en Ferrum College, Virginia, gracias a una beca Fulbright.

Marden Ortiz nació en Vega Baja, Puerto Rico, pero se crió en Nueva York y Nueva Jersey. Es amante de la época del Renacimiento, la música clásica y las sutilezas del arte. Estudiante de le español en la Universidad de Arkansas-Fort Smith, su objetivo es mejorar su ortografía, gramática y adquirir más fluidez en español. Durante los veranos trabaja en *Villafañe Languages* y otras compañías de intérpretes en Filadelfia Pensilvania. Su pasatiempo es escribir cuentos y poesía y viajar con su familia.

Atziry Betzaly Piña se graduó en el año 2015 con un título de licenciatura. Se inspiró al escribir en su caballo. Los caballos son parte de la tradición de su familia y lo que considera el “deporte” más mexicano (la charrería). Le interesa el baile, disfruta de la costura y del diseño de ropa, tanto como las posiciones de liderazgo, donde es posible contribuir positivamente a la sociedad.

Lydia Razo se graduó en el año 2015 con un *Bachelor of Arts in General Studies from the University of Arkansas - Fort Smith*. Se graduó con su *Primary I* en español/inglés y con su *Primary II* en administración de empresas. Además, se graduó con honores en *Pinnacle*. Lydia quiere ser maestra de español o inglés en el nivel medio superior.

Ana María Romo Blas es profesora de español en la Universidad de Arkansas-Fort Smith. A ella le gusta escribir cuentos cortos inspirados en las muchas historias y anécdotas que de niña escuchaba en su pueblo natal, ubicado cerca de Guadalajara, en el estado de Jalisco, México.

Jesús Sedeño Gutiérrez se encuentra estudiando el cuarto semestre de la especialidad en español con certificado en la enseñanza en nivel medio superior por la Universidad de Arkansas – Fort Smith. Él es miembro de las sociedades de honor *Alpha Lambda Delta*, *The National Society of Leadership and Success*, y del grupo *UAFS Ambassadors*. También fue presidente del *UAFS Spanish Club*. Sus pasatiempos favoritos son la pintura al óleo, hacer senderismo en bicicleta de montaña y tomar fotografías de la naturaleza. Su sueño es llegar a ser profesor de español.

AZAHARES 2017-18

Call for Submissions
Submission Deadline: January 16, 2017

All written submissions must be primarily in Spanish. If in English, they must thematically reflect Latino culture. All artwork and photography must reflect the culture of the Spanish-speaking world.

General Submission Requirements and Guidelines:

- ✓ On-line submissions: class.uafs.edu/languages/azahares (or keyword *Azahares* on the UAFS website).
- ✓ Submit up to three original works for publication.
- ✓ Submit a 60 word bio in Spanish, written in 3rd person, for the contributors' page.
- ✓ Please submit in word .doc or .docx format; no PDFs will be accepted.

Poetry Submission Requirements:

- ✓ Poems must be submitted in the page layout intended for publication.
- ✓ 100-line maximum per poem

Prose Submission Requirements:

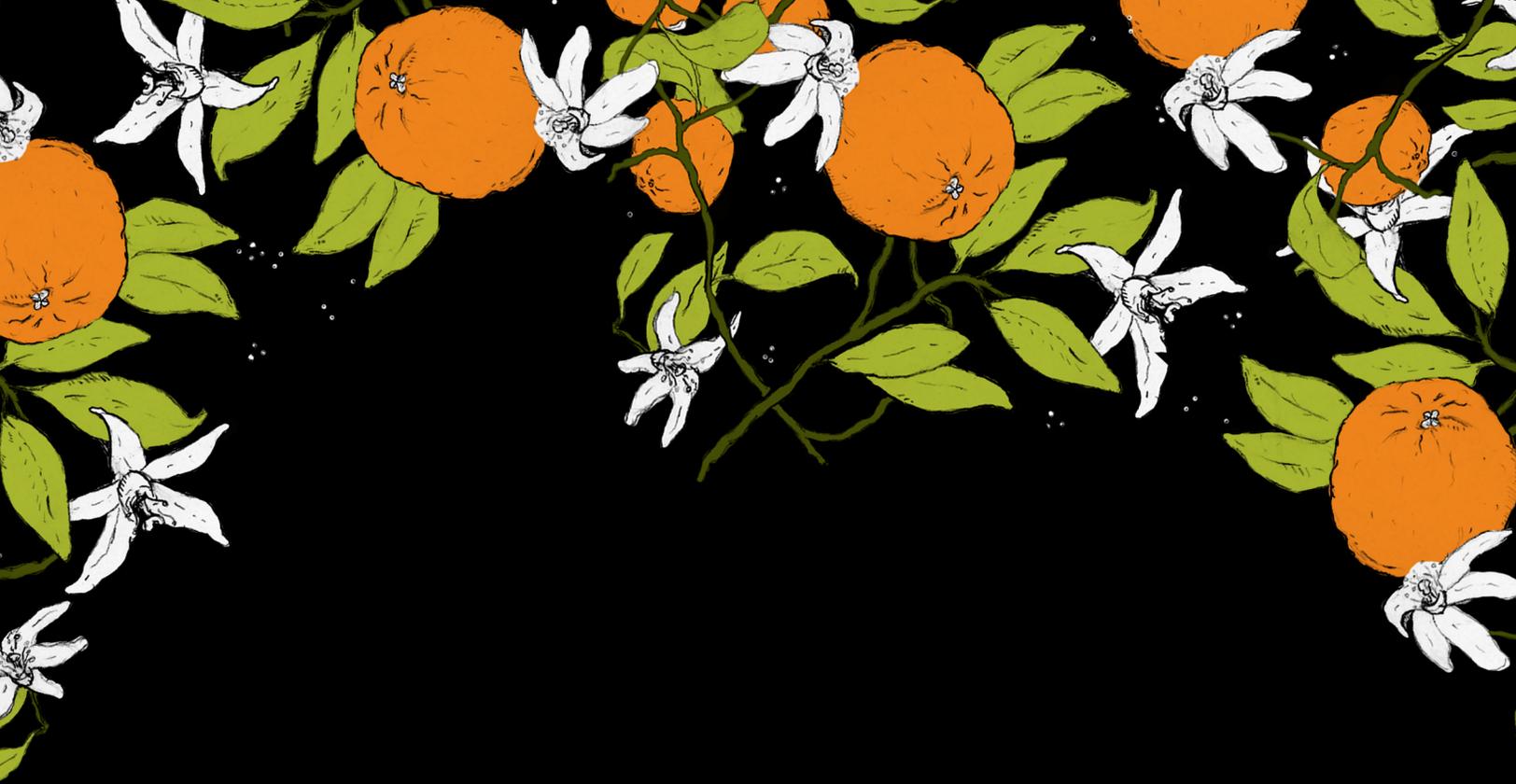
- ✓ 3,500 maximum word count

Artwork/Photography Submission Requirements:

- ✓ Color and black-and-white submissions are accepted.
- ✓ Indicate medium used on the submission form (watercolors, oils, digital photography, etc.)
- ✓ Save as .jpg file, with as high a resolution as possible (between 300 and 1200 dpi)
- ✓ Anticipated publication date for this edition of *Azahares* is Spring 2017.



Bolsa Mexicana de Valores, Ciudad de México-fotografía digital-Jesús Sedeño Gutiérrez



UAFS | UNIVERSITY OF ARKANSAS
FORT SMITH

DEPARTMENT OF WORLD LANGUAGES

